

hezkuntza jardunaldiak | jornadas de educación

¿qué sociedad, qué educación, qué sindicato?

Unai Sordo. Graduado Social por la UPV-EHU, técnico medio en Prevención de Riesgos Laborales, trabajó en el sector de la industria de la madera antes de incorporarse con responsabilidad al sindicato, habiendo sido militante activo durante los años anteriores.

En junio de 2000, en el VII Congreso, asume la Secretaría de Juventud de CCOO Euskadi, cargo que compatibiliza con tareas de organización en el territorio de Bizkaia. En el VIII Congreso de 2004, pasa a ser responsable territorial de Bizkaia. En esos cuatro años ha estado vinculado directamente al área de seguimiento de Elecciones Sindicales, Formación Sindical de cuadros y desarrollo de contenidos en diferentes campañas que ha llevado a cabo CCOO Euskadi en este último periodo. En el IX Congreso de 2009 es elegido Secretario General de CCOO de Euskadi, cargo que ostenta hasta la actualidad.

Aficionado a la lectura de novela y ensayo, incluso es autor de alguna novela corta y ha colaborado con columnas de opinión en radio.

Conferencia inaugural

¿Un nuevo contrato social?

Plantearse como título de una jornada de debate “¿Un nuevo contrato social?” parte de un par de premisas. El contrato social clásico está cuestionado o en declive y además hacerlo con una interrogación augura que la respuesta no está muy clara: ¿Replantear los términos del clásico “contrato social”? ¿Aferrarnos al conocido? ¿Es viable su renovación en la actual correlación de fuerzas económicas, sociales e ideológicas?

Ambas premisas (el declive del modelo social y las dudas sobre cómo revitalizarlo) son bastante razonables. En efecto, los fundamentos en los que se basaba el viejo contrato social de post-guerra, según el cual el sistema de acumulación capitalista se veía regulado por fórmulas de re-distribución de riqueza y por mecanismos para proteger distintas contingencias vitales de las mayorías sociales, ha entrado en una profunda crisis. Y por si fuera poco, existen dudas razonables sobre la posibilidad de revitalizar esquemas similares por la preeminencia ideológica de las teorías (y mucho más de las prácticas) desreguladoras, neoliberales y anarco-capitalistas que rigen los diseños económicos de la vieja Europa.

Sin embargo, un sujeto social como es el sindicato debe construir relatos alternativos y prácticas que conduzcan a demostrar que otra realidad es posible. Debíamos analizar cuáles son las corrientes de fondo que posibilitaron esta crisis existencial del modelo social y construir organizando alternativas al llamado “pensamiento único”. Construir-organizando implica que CCOO en efecto, debe ser un agente de reflexión, pero de reflexión aplicada. Es decir con la capacidad de incorporar aquellas cosas que nos preocupan a aquellas cosas que nos ocupan en la acción sindical y organizativa cotidiana.

En primer lugar sería oportuno reflexionar sobre si la causa de esta crisis del llamado contrato social ha sido la gran crisis económica que estalló en el 2007, si más bien es consecuencia de la gestión que se ha hecho de esta crisis, o más bien, si la crisis es el detonante de situaciones que venían larvándose tiempo antes.

Me inclino a pensar por esta tercera opción, si bien hay parte de verdad en las dos primeras hipótesis. Desde hace varias décadas el poder económico se ha venido autonomizando de la capacidad regulatoria del poder político-democrático, en un proceso de globalización económica y de integración creciente de enormes áreas del mundo a los circuitos de producción, comercio, ahorro, inversión y financiación.

De forma paralela una creciente hegemonía del pensamiento conservador en países como EEUU desde la década de los 80 apostó por políticas de desregulación e incluso de demonización ideológica de los modelos de protección social.

Sin embargo, un sujeto social como es el sindicato debe construir relatos alternativos y prácticas que conduzcan a demostrar que otra realidad es posible

Sometidos a la presión de una globalización sin reglas sociales y en economías donde el factor financiero (financiarización de la economía se ha llegado a acuñar como término) cada vez es un factor más importante, los propios estados han ido limitando su capacidad de gobernar la economía.

El modelo de construcción europeo, basado en una moneda única, un área de libre comercio y una forma de gobierno de débil anclaje democrático, casi a modo de directorio, es un corolario de esta pérdida de pulso colectivo para mantener un modelo social con aspiración universalista en cuanto a su extensión y su capacidad de protección.

Pero como decía también tiene algo de cierto que fue la crisis quien puso a la vista estas deficiencias estructurales. El contexto europeo quizás sea uno de los más claros exponentes de los efectos asociados a la preponderancia del poder económico y particularmente financiero sobre la base de un poder público crecientemente debilitado o incluso auto-debilitado. La distribución de renta, riqueza y por tanto poder, en nuestro entorno lleva siendo crecientemente inequitativo desde hace bastante tiempo. La globalización financiera, el extremo de los paraísos fiscales, la libertad de movimientos de capitales, y la desintegración empresarial, están detrás de las crisis fiscales de los estados y de la evolución salarial por debajo de las mejoras de productividad de la economía.

Sin embargo, esta creciente desigualdad se ha visto durante años dopada por el acceso masivo a crédito barato e inundación monetaria. La expresión máxima de la despolitización social bien podría ser aquel “blanco o negro, lo importante es que el gato cace ratones”. Llevado al extremo desatino de pensar que la capacidad de consumo, renta disponible o bienestar, daba igual que viniera de una fuerte distribución salarial y un modelo de estado social asentado en una base fiscal sólida, o que viniera de burbujas de crédito externo ligado a sectores volátiles como los relacionados con la construcción, o de políticas monetarias expansivas.

Aquel largo e inconsciente espejismo se viene abajo con la crisis. Y salen a la luz todas las debilidades que ya venían gestándose tiempo atrás. El de los países o territorios con bases productivas débiles; el de modelos fiscales que “nadaban en la abundancia” basándose en burbujas especulativas... mientras se bajaban impuestos nominales; la propia capacidad político/institucional atrapada entre las exigencias de las mayorías sociales que buscan estándares de bienestar y las exigencias del

poder económico capacitado para quebrar cualquier estado débil y que requiera de constante auxilio financiero...

Esta es la crisis multifacética en la que estamos. Las élites (que por cierto, nunca se vieron concernidas por el pacto social, como estamos viendo con sus habituales prácticas de evasión o elusión fiscal) rehicieron rápidamente la figura en el año 2010 girando a políticas de austeridad: la devaluación interna en los países deficitarios y la concepción de los modelos sociales europeos como un lastre en una economía global.

Rehacer un modelo social digno de tal nombre, exige establecer un marco europeo de gobierno político real, que responda al pulso democrático de las mayorías sociales. Aunque hoy cueste decirlo por el deterioro de la imagen de Europa, no hay salida desde la vuelta a las lógicas re-nacionalizadoras, por la simple razón de que las dinámicas económicas que posibilitan o no un modelo social, son netamente globales. A riesgo de ser canteado, lo digo: no es menos Europa, es más. Pero distinta. Otra cosa.

El sindicalismo es clave en la distribución salarial, en la valorización del trabajo como elemento central en la generación y reparto de riqueza. También en la disputa de poder y en la cualidad de la democracia, ni más ni menos que el corazón de la generación de valor real, en la realidad conflictual de la empresa.

El sindicalismo de clase, aquel que no aspira a representar corporativismos adyacentes, sino a integrar intereses comunes de una clase fragmentada, es un actor fundamental en la renovación de un contrato social. Siendo capaces de interpretar correctamente lo que supone el marco global, la desintegración de la empresa (hoy la cadena de valor pasa por múltiples empresas relacionadas, reticulares, externalizadas...), la respuesta plural y recualificada a problemas diversos de trabajadores diversos, etc.

Como decía al principio del artículo, de poco sirve en nuestro caso las reflexiones que no sean capaces de traducirse en práctica organizativa y de acción sindical. En todo caso, la discusión y el debate son absolutamente necesarios si queremos disputar la batalla de las ideas. Tan necesaria para evitar la resignación y también, para evitar respuestas equivocadas, simples y fragmentarias. Sirvan para esto estas jornadas.

El sindicalismo es clave en la distribución salarial, en la valorización del trabajo como elemento central en la generación y reparto de riqueza